

MARÍA EN LA FE Y EN LA VIDA CRISTIANA

La veneración a María ha sido una de las realidades que más vueltas ha dado en la historia del cristianismo. Ha sufrido los embates, tanto de los maximalistas como minimalistas. No es fácil por tanto, redescubrir y vivir el papel exacto que María, y en otro nivel los santos, juega en la historia de salvación. Karl Rahner, con su gran sentido teológico-espiritual, siguiendo al concilio Vaticano II, resitúa y valora el culto a María, resaltando sus aspectos actuales antropológicos, teológicos, histórico-salvíficos, espirituales.

Mut zur Marienverehrung. Anthropologische und glaubensmässige Zugänge zur heilgeschichtlichen Bedeutung Marias, Geist und Leben, 56 (1983) 163-173

La mariología ha tenido una historia muy movida en los últimos cincuenta años: piénsese en el dogma de la Asunción (1950); en las discusiones sobre la doctrina de la corredención y mediación de gracias de María; en las controversias sobre si el Concilio debía promulgar una constitución dogmática sobre la Virgen, que condujeron a la redacción del capítulo séptimo de la Lumen Gentium, etc. También el culto mariano ha sufrido ciertas variaciones: ya no se habla de María, medianera de todas las gracias - Sólo hay un único mediador: Jesucristo-, pero se le reconoce una tarea especial en la solidaridad salvífica de todos los redimidos; parece que ha descendido la práctica del rosario; las antiguas congregaciones marianas se han convertido en comunidades de vida cristiana; hoy en día se levantan pocos altares marianos, etcétera. No puede negarse que el culto mariano no manifiesta una gran intensidad en la vida religiosa del católico medio de nuestro mundo occidental. Sin embargo, el Concilio ha desarrollado una mariología relativamente extensa en el citado capítulo de la LG y abundan trabajos de tipo teológico y espiritual sobre el dogma y el culto mariano. Parece, pues, que este tema encuentra una nueva atención en los cristianos, que creen en la salvación que nos llega a través de Jesucristo.

UN ACCESO ANTROPOLÓGICO

No podemos negar los fundamentos de carácter humano que han jugado un papel importante en el culto mariano del pasado. El culto a la mujer, a la madre, a la doncella tuvieron su eficacia en el antiguo culto a María. No hacemos ningún reproche a este culto si pensamos que en él ha influido el culto de la maternidad divina de las religiones precristianas.

El cristianismo no omite ninguna dimensión ni experiencia humana en su religiosidad. Es más, si el culto mariano actual parece abstracto y sin vida, el hecho de que las causas humanas jugaran un papel importante anteriormente, tendría que ser considerado, más bien, como un reproche que hoy se nos hace a nosotros. La democratización y emancipación de la mujer no deberían ahogar en nosotros una mística profana (si me es lícito expresarme así) de adoración a la mujer. El déficit actual del culto mariano es la consecuencia de un déficit humano.

RAÍCES CRISTIANAS DEL CULTO MARIANO

Sin embargo, el culto a María tiene unas raíces más profundas en el mensaje cristiano. Volver al culto mariano significa volver a realizar existencial y religiosamente aquello que es propiamente cristiano. Por ello, hay que agradecer que se haya prescindido en la piedad eclesial actual de las falsas acentuaciones de la piedad mariana, que podían dar la impresión de sustituir la radical relación con el Dios incomprensible por una piedad que sólo tuviera en cuenta la poderosa realidad de la "Virgen Inmaculada".

Solidaridad con los muertos

¿Tenemos una verdadera relación con los muertos, exigida por las convicciones fundamentales del cristianismo? O, más bien, ¿renunciamos a una relación viva con ellos, aunque reconozcamos su valor ante Dios? ¿Creemos en la comunión de los santos? Una teología moderna debe partir de la afirmación de que la posibilidad de un discurso teológico debe y puede basarse en nuestra solidaridad con los muertos y con los que se han perdido. Pero ¿existe tal solidaridad en nuestra vida religiosa? ¿Viven los muertos todavía para nosotros o han sido separados de nuestro ambiente? El culto a los héroes no puede responder a nuestra pregunta, ya que solamente puede mostrar la consumación viviente de una posibilidad humana digna de alabanza pero dirigida a un pasado histórico, tanto si se trata de un Napoleón o de un Bodelshwingh, o de un Carlos de Foucauld o Maximiliano Kolbe. No se da en ningún caso una relación con una personalidad viviente y consumada en Dios en este tipo de culto a los héroes.

Relación viviente con los muertos

La doctrina católica sobre la comunión de los santos enseña que podemos mantener una relación viviente con un viviente, aunque aparentemente nos haya sido arrebatado por la muerte. Naturalmente, esto no tiene nada que ver con la praxis de los espiritistas, los cuales sólo se encuentran con quienes no han vencido la mezquindad y la estrechez de nuestra vida de acá. Sin embargo, la fe cristiana busca en el culto de los santos y en una relación con aquellos que han sido consumados en la gracia y en el amor de Dios a hombres que han entrado en la innominabilidad del misterio que llamamos Dios. Con esto hemos tocado una dificultad fundamental: tenemos la impresión de que los muertos han desaparecido ante la innominabilidad de Dios y tanto más radicalmente cuanto más han llegado al mismo Dios. Pero la fe cristiana no acepta que nosotros nos extingamos más mientras más irrumpe en nuestra existencia la infinitud e incomprensibilidad de Dios. Al contrario, la fe cristiana afirma que, siendo Dios todo en todos, cuando en su absolutez llega hacia nosotros, nosotros llegamos a la plenitud; que Dios, en su infinitud e incomprensibilidad, puede llegar a la tierra de nuestra finitud sin sufrir ningún tipo de limitación y sin que nosotros nos consumamos en la ardiente incondicionalidad de su divinidad. He aquí la razón del optimismo cristiano: buscar a Dios donde no podría estar en absoluto sin deshacer esta misma finitud; buscarlo entre nosotros, y no solamente en el cielo.

El culto a los santos

Ahora estamos en condiciones de entender el culto de los santos: se trata de la glorificación de la llegada de Dios a los hombres. Este culto afirma el hombre, su definitiva salvación en Dios y la definitiva consumación de la historia de un hombre sobre la tierra. Apunta al hombre concreto. Pero esta consumación es el mismo Dios, que no crea una realidad criatura(para la consumación del hombre, sino que le comunica su realidad y soberanía. El culto de los santos es una promesa sobre la historia del mismo Dios que en la consumación de su encarnación comunica su eterno Logos al hombre. El culto de los santos significa que podemos encontrar a Dios en su propia majestad y alabarle allí donde se ha rebajado. Este culto sólo puede entenderse cuando se cree que Dios no es solamente el infinitamente sublime y adorable por encima de toda la realidad creatural, sino que ha querido ser la realidad más interior de sus criaturas mediante la encarnación de su palabra eterna. Dios puede ser encontrado donde se encuentra el hombre en gracia, redimido y consumado. Este es el punto álgido de la unidad del amor de Dios y del prójimo; aquí pueden unirse, en la impetuosidad del amor, Dios y el hombre, de tal manera que incluso lleguen a intercambiarse, porque el centro más íntimo del hombre en gracia es Dios.

Por lo tanto, si puede darse, y se da, un encuentro de Dios con lo concreto amado, con el hombre lleno de la propia realidad de Dios, esto vale, sobre todo, para la Madre de Jesús.

EL SIGNIFICADO DE MARÍA EN LA HISTORIA DE SALVACIÓN

El culto de los santos no se refiere a un concepto abstracto del hombre, sino al hombre concreto, con su historia concreta y consumada. Todos los santos son consumados en Dios a su manera, con su propia historia significativa para él y para todos los demás, con la particularidad que Dios le ha dado, mediante la cual son reconocidos sin envidia en la unidad del amor universal y particular de Dios por todos los otros santos consumados. ¿Cuál es, la particularidad de María? María es la sierva humilde del Señor. Pero, sin hacer ningún daño a su honor, podemos verla como una modesta niña, pobre e insignificante mujer, perdida en un rincón del mundo. Sin embargo, Dios puede realizar grandes cosas en una mujer como ella, sin suprimir milagrosamente una tal condición humana, al rebajarse en su gracia a la pequeñez de su sierva. Y así ha actuado su gracia en María, que ha aceptado la encarnación del Dios eterno en sí misma para regalar al mundo esta última cercanía de Dios.

Su libre aceptación es gracioso don del amor soberano de Dios; la misma gracia de Dios hace que tenga una verdadera pareja ante sí. Y de esta manera María, pequeña e insignificante, ha recibido la gracia hecha carne, primero en su fe y luego en su bendito vientre. El único mediador entre Dios y el hombre podía hacer que esta persona fuera aceptada libremente, que su libre aceptación fuera gracia y, viceversa, que la gracia se convirtiese en libre aceptación. María no es la gracia ni la única mediadora, sino la libre aceptación de la gracia y del mediador. En este sentido es la madre de Dios, aun cuando la divinidad de su hijo no sea fruto de su vientre.

No es decisivo ni para la fe ni para la teología averiguar si podemos llamar a María corredentora o medianera de todas las gracias. La fe católica reconoce un lugar único y particular para María en la historia de salvación. Su "sí" fundamenta para el cristiano la base y la dimensión de su salvación, si cree en Jesucristo, su salvador y redentor, y en la

invencible proximidad de Dios en la historia, porque Jesús regaló a su Madre este "sí", pero precisamente a través de este "sí" él entró en el mundo.

SOBRE LA IGUALDAD DEL HOMBRE Y DE LA MUJER

Si estamos convencidos de la igualdad del hombre y de la mujer, debemos preguntarnos, como cristianos y teólogos, de qué manera puede repercutir esta igualdad del hombre y de la mujer en nuestra teología de la salvación y ponerla en práctica. Entonces, si somos honrados, deberemos hacernos la siguiente pregunta, no tan fácil de responder. ¿por qué el único mediador es hombre y no mujer? Podremos responder que la masculinidad del único mediador es irrelevante para su significado salvífico universal. O dejaremos que la disposición soberana de Dios responda esta cuestión. Debemos tener en cuenta que la verdadera realidad humana del mediador Jesucristo también debía ser llenada con aquella autocomunicación divina llamada gracia tal como se destina a todas las personas ya sean hombre o mujer. Ya no podremos decir más que a la mujer le corresponde una tarea más reducida que al hombre en la historia de salvación que abarca solidariamente a todo el mundo.

Pienso, de todas maneras, que, a partir de la antropología válida para nosotros hoy, se le plantea a la teología cristiana el problema del lugar que reconoce a la mujer en la historia de salvación. La teología tradicional católica ha ensalzado en su mariología la particularidad de la mujer y debe desarrollar sus planteamientos fundamentales marianos en el conjunto de la teología y de la vida cristiana.

CULTO DE LOS SANTOS Y CULTO MARIANO COMO FUNDAMENTO DE LA DEFINITIVA SALVACIÓN EN DIOS

Aquella historia de la salvación que fundamenta para cada uno de nosotros la dimensión y situación de la obtención de la salvación y de la plenitud humana no se ha agotado en el mero hecho de haber sido, sino que vive con una real definitividad en todos los hombres consumados en Dios y que han llegado definitivamente a una más alta realidad en la aparente, pero silenciosa e incomprensible de Dios. El culto de los santos se dirige a esos hombres reales y en ellos encuentra el mismo Dios, cuya gracia ha encontrado en ellos su realidad y plenitud. Así también ocurre en María. Los bienaventurados que han sido salvados no son sombras sino hombres concretos, en quienes ha sido salvada su historia terrena en su particularidad. Hemos dicho ya que una relación con estas personas plantea la dificultad de que la silenciosa infinitud de Dios no extingue los muertos que han entrado en ella, sino que los confirma y les confiere el valor que tienen en sí y para nosotros. Pero poder ver lo particular en la realidad sin modo de Dios y creer que es capaz de hacer que no perezca sino de que emerja en su particularidad, esta posibilidad viene garantizada para los cristianos porque tal situación se realiza en el hombre transfigurado, Jesús, en quien la incomprensible de Dios permanece reconocible y amada y el más alto poder de Dios es aceptado más allá de toda metafísica de la infinitud.

CONCRETO CULTO MARIANO

Cómo concierne esto al cristiano en su vida religiosa, cómo integrar a los bienaventurados en la oscuridad de Dios sin falsificarlos como semidioses, todo ello es una cuestión que no puede tener una idéntica respuesta. Por una parte, es completamente legítimo que alguien acepte no poseer -o poseer muy débilmente- un determinado carisma (que reconoce y admira en los demás), con tal de que no se haga el sordo hacia tal carisma si le es ofrecido en la historia de su vida religiosa, por la gracia de Dios. Lo mismo vale para el culto mariano. Puede darse el caso de que este culto sólo exista en una manera germinal en alguien. Uno puede ser un buen católico y cultivar poco aquel culto entusiasta a la Santa Virgen. También tiene el derecho de rechazar determinadas formas de culto mariano si llevan a la superstición o a determinadas prácticas que entran en contradicción con la unicidad de la mediación de Jesucristo o la libre soberanía de la gracia divina. Pero si, honradamente, uno advierte una distancia entre la propia praxis religiosa y el legítimo culto mariano, no debería hacer de esta distancia ningún principio, sino que debe mantenerse abierto a un desarrollo ulterior de su vida religiosa en la que ocupe su lugar un culto mariano más intenso.

No debe pasarse por alto que a la Iglesia, entendida globalmente, le corresponde la misión de favorecer el culto mariano, el cual no debe existir en igual medida para cada particular. La Iglesia ha honrado a María desde el principio. Esta alabanza a María pertenece a la autocomprensión de la Iglesia pues ésta, a pesar de su tentabilidad y pecabilidad, es la comunidad de los que creen no en una abstracta posibilidad de salvación, sino que están convencidos en la esperanza de que el poder de la gracia de Dios cambia esta posibilidad en realidad. La Iglesia cumple la profecía de María de que todas las generaciones la llamarán bienaventurada, porque Dios ha mirado la pequeñez de su esclava. Así interioriza concretamente su propia vocación y no sólo de una manera abstracta; vocación a que Dios sea todo en todos y se consiga así la bienaventurada validez del hombre.

Tradujo y condensó: JOSEP GIMENEZ